
Paula y Paulita

Benjamín Jarnés

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9150

Título: Paula y Paulita

Autor: Benjamín Jarnés

Etiquetas: Novela corta, cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 6 de septiembre de 2026

Fecha de modificación: 6 de septiembre de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La mañana

Estudio en Aguas Vivas cierto período de transición en las evoluciones del paisaje. Hay aquí un sugerente tipo medio entre el patrón natural y el artístico que me recuerda al cuadro histórico, tipo de creación intermedia entre la historia y la pintura. Y culpo de delitos de precipitación al arquitecto del balneario. En unas pocas hectáreas de terreno fue amontonando los relieves pintorescos de muchas leguas a la redonda. Este denso panorama se formó a expensas de muchas otras perspectivas, vacías hoy de sentido decorativo. A buen precio lo habrá pagado todo la administración; porque, maravilla a maravilla, todas las del contorno fueron pasando por el libro de Caja. La colección es ya abrumadora. Aprovecharé la importación de ciertos elementos líricos ultramarinos —un aire porteño capaz de arrobar a Paula— para abrir una brecha en mi charla con esta nueva compañera de comedor. Prefiero seguir paso a paso el curso del lucrativo negocio de las Termas, mientras ella sigue el compás voluptuoso del tango.

En el principio fue el suelo desnudo, o erizado de guijarros. Una vara legendaria azotó la roca más hostil, haciendo saltar el chorro caliente que produjo el primer asiento en el Diario. Se acotó el hontanar, y, como todas las maravillas nutricias y asépticas del globo, fue sometido a un régimen de excepción y a una tarifa. —El hombre es siempre rey de lo creado, a condición de pagar su importe.— Pero el milagro terapéutico atraía a escasos peregrinos, y fue preciso construir, además, un ambiente. Un hombre de negocios suele ser un mal esteta; pero contables astutos, ojo avizor a las predilecciones de los clientes, fueron elaborando el paisaje. Lo que en la protohistoria de las Termas sólo fue un clásico pensil, copiado malamente de Teócrito, es ya un fino parterre

imitado de Winthuysen. Menos cándidos rosales y siringas, y más espesas frondas y tés tangos. Un día se advirtió en los amantes cierto agudo temperamento lírico, y rápidamente fue abierto un lago verde y rizado, entre cañas y juncos. A otro viajero se le advirtió entre las maletas un ejemplar de La isla del tesoro, y al día siguiente brotó en medio del lago un coquetón islote con tres peñascos, dos palmeras y una cabellera de musgo. La palabra «Venecia», oída al pasar por uno de los camareros, hizo que a la tarde surcaran el agua lírica dos primorosas góndolas.

Otro viajero que leía a Zaratustra sugirió la idea de alzar una redonda colina para los profundos aforismos; y otro, que leía a Pascal, la idea de un severo panteón para las graves plegarias. Por atraer al Real Club de Pescadores de Caña, se abrió el cauce a un apacible río; y, previendo la visita de algún tenebroso Ku-Klux-Klan, fue socavada una roca, preparando así un túnel laberíntico en el mismo corazón de la montaña. Un día la gerencia soñó hacer de las Termas una fastuosa corte de verano, y edificó el Baño del Rey. Bajo un enorme baldaquino de álamos veo el abigarrado pabellón de feria —lacrimosos ajimeces, azulejos friolentos, carcajadas barrocas de monstruos que un día vieron desnudo a algún príncipe canijo—. Se pretendió adular, por el mismo coste, a monarcas y a eruditos; pero tal ambición ha fracasado, porque el Baño del Rey ya sólo sirve de dosel a las primicias de alguna apresurada pasioncilla que busca un escenario de opereta.

Pero esta caza del cliente —filólogo o poeta, pacífico o turbulento— condujo a una zarabanda plástica. Ahora este paisaje es sólo un capricho de Juan Gris. Para unos metros de tela se adquirieron un río, siete rocas, un panteón, una estación ferroviaria, un montecillo de pinos, un lago con su islote para aventuras acuáticas, un parque enmarañado para aventuras terrestres, un parterre y un gran casino. Sin contar un cine y un quiosco de periódicos como elementos culturales. No cupo todo en un plano, y fue preciso intentar

una poco armoniosa yuxtaposición. Se construyó al ferrocarril un largo puente aéreo sobre el parque. Al río se le internó por un desfiladero. El montecillo de meditar redujo su espesor hasta convertirse en torreón salvaje, con una escalerilla embozada entre los pinos colgados de los muros. El casino escamoteó algunos chopos y el estanque redujo su isla afortunada, para abrir una pista más ancha a los peces vestidos de frac rojo que acuden al banquete improvisado por los niños. Todo fue cruzado de pasarelas, amenazado de saledizos y aleros, sombreado por terrazas. De la primitiva sencillez de Horeb ha quedado un atropellado puzzle decorativo. Recuerdo esos dibujos infantiles que pretenden apiñar el universo en una hoja de papel como el aforista intenta apiñar todo un sistema filosófico en una oración de relativo. Ellos y la gerencia profesan el horror al intervalo, tomándolo por el vacío. De las cosas apenas conocen la intersección de sus planos, pero no la silenciosa y lenta endósmosis de sus mundos circundantes. Por eso el montecillo, tan cercano a la pista de los cómicos peces de frac rojo, perdió toda su serenidad; y al panteón se le fueron horadando, una a una, todas las meninges que contenían su silencio. La capilla quedó desnuda de todo halo patético, y el túnel socavado en la montaña para unos posibles regeneradores del mundo quedó tan cerca del quiosco de periódicos que más bien parecía una cabina de redacción, donde, entre cigarrillos y tazas de café, se fragua o precipita la caída de un concejal.

En este parquecillo, la misma yuxtaposición de ambiente. Alineados en poco trecho están la Primavera, el Estío, el Otoño y el Invierno. Son los mismos que se reparten por la escalinata del hotel. La misma doncella desnuda, el mozuelo del manojito de espigas, el viñador en trance de cantar un fado y el anciano barbudo tiritando bajo la capa filosófica. El escultor traído por la empresa para elevar el tono estético de las Termas no conocía otra fauna mitológica que estos tres varones y una hembra. Su fantasía no saltó de los aros del zodiaco. Y, aun de los cuatro, uno es impertinente. Sólo

debió contar con tres estaciones. El Invierno es mal cartel para la administración. Parece un viejo reumático, aburrido ya de cocerse inútilmente bajo estas duchas. Este invierno debió ser esculpido con más juvenil talante, por orden de la empresa. Puesto que tenga barbas, podían ser flor de almendro en vez de nieve desgredada.

Y hay también cierta algarabía entre los símbolos. Cerca del Invierno, corretean dos rapaces futbolistas. Bajo el macilento Otoño, una pareja de novios ríe estrepitosamente. Junto al lozano Estío, sueña una joven raquíta. Y vecinos de la desnuda Primavera, nos sentamos Paula y yo. Paula es una pomposa flor de otoño, que ya comienza a temer el primer hielo.

—¿Y su amiga? —pregunto—. Anoche en el comedor, nos saludamos los tres ceremoniosamente.

—No, no es mi amiga.

—Su hermana, quizá.

—Hija, es hija mía —me interrumpe, envolviendo su réplica en una oleada de miel.

—¡Ah!

Ella aguarda el resto, el engarce de los dulces piropos del manual. Consideraciones acerca de la edad posible, de la eterna juventud, del amor que florece. Pero yo corto la cadena en el primer eslabón, y ella va poco a poco chupando el solo bombón que le ofrezco, el sintético «iah!» superior a un largo panegírico. Mi glosa interjeccional es la saeta que destapa el tarro de almíbar de su vida interior. A los diez minutos conozco minuciosamente el árbol genealógico de Paula. A los quince su último arqueo de Caja, y a los veinte su paralelo sentimental. A los veinticinco, me muestra el termómetro de su cultura —pasó de Conan Doyle a Guido da Verona— y, a los treinta, el barómetro de sus nervios. Cuando en el examen de esta vida se abre alguna zanja,

acudo allí, como profesor celoso de mi deber, a sujetar la pasarela. O a contener el asalto. Conozco que me llega el turno de revelarme, y desconfío de poder pasar airoosamente de profesor a alumno. Para resistir el asedio voy preparando preguntas antisocráticas. No de partera, sino de albañil. Las sumerjo en una tina de emoción, sin importarme fingir interés a trueque de no dejar un hueco, ya inminente, para mi autobiografía. A cada trivial confidencia de Paula, muevo atónito la cabeza, como si escuchase a un testigo de la catástrofe de Annual. Llega a asombrarme que su esposo se llamase Moisés, y que un día le hallasen en un río, ya cadáver, dejando abandonado un almacén de abonos. Yo preparo un gesto de desdén para mi árbol genealógico de especie común, para mi paralelo, mi arqueo, mi termómetro y mi barómetro; para mi vida sin programa, desierta de aventuras, donde falta aún esa lírica palmera que suelen pintar en los cromos de Oriente para recordar que allí no hay vegetación. Tendré que repetir la historia de otro cualquiera. Por fortuna, poseo una variada colección. En cada peldaño social, tengo instalado un amigo dispuesto a prestarme media hora su biografía. Desde la de un bohemio empedernido que lee a Spencer en un desván, hasta la de un ocioso diplomático que bosteza humorísticamente en los salones. Convendrá elegir la de algún patético amator a quien conmueva la dorada sazón de las mujeres. O inventarla. Me posee tal afán de quieta armonía que no sufro choque alguno emocional con mis amigos. No me importa inventar, precipitadamente, una opinión o un goce estético paralelos al suyo, a trueque de no romper los lazos que me sujetan al resto de la humanidad. No me tolero idea alguna que no vaya del brazo con la de mi camarada. No creo en el diálogo —fábula platónica— y enderezo siempre mi monólogo exterior en el mismo sentido de los otros. Frecuentemente me olvido de que soy interlocutor, y, por seguir atentamente el hilo del pensamiento ajeno, pierdo todos los enlaces con el mío. Suelo ver en todos tal decisión de mantener un criterio que al punto decido no privarles de su derecho de propiedad. Todas las ideas son del primer ocupante como las sillas del

paseo. Yo suelo acudir siempre un poco tarde, y no me queda otro goce que el de pasearme entre ellas, ganando quizá en agilidad lo que pierdo en firmeza. Ahora me felicito de tomar parte en la charla de un modo esquemático. Voy incrustando monosílabos en el doméstico monólogo de Paula. Escucho con los ojos, que tan hábilmente suelen desviar las irradiaciones del espíritu, aprendiendo a ser —ladinamente— el espejo del alma de los otros. Lo difícil es lograr que cada síntesis acuda a recibir su pura expresión adverbial o interjeccional en el momento oportuno. Soy el timbalero de la conversación, que acecha con la maza en alto para descargarla en el hueco preciso de la partitura, donde la batuta señala el momento del fugaz zumbido. Pero un instante me reparto entre dos sinfonías espirituales —la de Paula y la mía—, y sobreviene la catástrofe musical. Suelto la maza en medio de un quejumbroso andante. Paula me hablaba de la tragedia de su viudez, y donde la partitura decía «¡Qué pena!» yo ejecuto lastimosamente:

—¡Magnífico!

Y se rompe bruscamente el quejumbroso andante, iniciándose un torbellino de disonancias. Que no concluyen de estallar, porque Paulita se nos acerca por la avenida de las Estaciones, mirando furtivamente la jovial musculatura del Verano.

—¡Magnífico! —repito. Un segundo golpe de timbal aturdirá más a mi interlocutora. Quizá aplaque la borrasca y afirme la explosión del primero. Un error, bien reiterado, pronto se convierte en verdad. Una sorpresa, que se repite, deja de serlo. Por eso vuelvo a insistir—: ¡Magnífico! Ahí viene Paulita. Ahora podemos ir al lago.

Las dos me miran asombradas. Tres «¡magníficos!» son un exordio demasiado pomposo para una oración tan trivial. Paulita se sorprende menos, porque a su edad se suele confiar en el éxito feliz de las apariciones.

—¿De veras, me esperaban?

—Sí, sí.

Nuevo gotear de monosílabos que reparto con más juiciosa exactitud, mientras inicio un ensayo de topografía espiritual de las dos mujeres. Es curioso que, sólo al llegar Paulita, piense en realizar esta investigación. Quizá esperaba el punto de referencia. Como los malos críticos, suelo operar comparando, o como los buenos impresionistas, por el choque de dos colores. Hasta ahora mi máquina de pensar estaba en ese trance del dialéctico que no tiene quien le formule una objeción. Y la objeción de Paula es Paulita, en lugar de ser su corolario. Se me revela en el empeño de la madre en apagar la efervescencia provocada por la aparición de Paulita, en el modo de cruzar las piernas y en los escollos que opone a la charla aturdida de su hija, que ahora pretende describirnos su tortura hidroterápica. Se estremece deliciosamente al recordar la ardiente ducha que le acaba de tejer un peplo de Deyanira. Paula se precipita a borrar de mi campo visual estas blancas sinuosidades de la desnuda Paulita, trémula bajo la lluvia ardiente, tan cercana al temblor de una Dánae bajo la ráfaga de oro derretido. Paula se apresura a recordar su «baño de placer», donde la carne no sufre temblores enfermizos. Pretende sugerir la visión dorada de una opulenta Cibeles, sumergida en la lluvia de octubre. Está sentada entre Paulita y yo, y presiento que ya siempre ha de ser un muro de contención. Me propongo fijar en él muy divertidos pasquines.

A través del muro, voy midiendo los relieves de la espiritual topografía de Paulita. A mi primera vehemencia opone la ducha fría de su voz, una voz metálica que prodiga sus tañidos con cierta coquetería incapaz de encubrirme su táctica ondulante. Necesitamos sacrificar siempre un sobrante de inteligencia para hacernos perdonar el resto. Así, una mujer hermosa debe sacrificar una parte de su belleza para hacerse perdonar toda la demás. El sabio suele elaborar torpemente algunos chistes para hacer soportable

su sabiduría. Así Paulita parece haberse elaborado una voz agria, erizada de ortigas para ofrecer un talón a las flechas enemigas. Ella prefiere arrojarles esa voz destemplada, como un mendrugo de pan que se alarga al mendigo, mientras se oculta el sabroso pastel.

Pero, ante mí, Paulita no tiene que hacerse perdonar nada. Por eso me hiere su insistencia en desviar una naciente admiración. A cada minuto su charla es más disonante. Paula, en cambio, que intenta hacerse perdonar la madurez de su belleza, impregna su voz de caramelo. Con pretexto de la angostura del banco —Paula piensa en mi timidez al sentir apretado su caliente muslo contra el mío—, acerco una silla y me siento frente a las dos. Tengo así dos enemigos que siguen la misma trayectoria, pero en sentido opuesto. Soy el vértice de un ángulo, cuyos lados son sendas miradas de muy desigual temperatura. Por un lado, brisa filtrada por cañas de azúcar; por otro, una ventolina punzante, tamizada por un zarzal. Se combinan en mí dos propiedades contrarias. Y me tortura un problema fisiológico, el de hacer independientes mis dos retinas. Tengo que mirar alternativamente, midiendo con exacta precisión los segundos que empleo en cada mirada. Cuando me detengo en Paulita, Paula acentúa su emoción, azuzando mi impaciencia. Soy el fiel de una balanza, cuyos platillos tienen muy distintos pesos. No puedo mantener el equilibrio. Callamos los tres, y ya decido mirar sólo a Paulita, que, desplegando el abanico de todas sus coqueterías, comienza a saludar insistentemente a un joven que lee junto al quiosco. Y ella mirando hacia el quiosco, y yo hacia Paulita y Paula hacia mí entablamos una corriente de inesperada simpatía hacia el librero que cree ver en nuestros juegos de inquietud una interrogación mercantil, y grita:

—Ya están aquí los libros.

—Bien —le respondo—. Al salir, los recogeré. ¿Vinieron todos?

—Los diez.

Paula, la voraz lectora, admira a este nuevo camarada, que adquiere libros de diez en diez. Quizá adivina en mí un fácil cómplice sentimental. Muy halagada, dice:

—¡Oh! Yo también deliro por los libros.

—A mí me fastidian. Apenas leo nada.

—¿Y éstos?

—Están en blanco. Debo ganarme la vida escribiendo en ellos.

—¡Ah!

Conozco que he añadido a mi estatura un codo. Paula me cree autor de novelas pasionales y yo quiero prolongar este período brumoso en que son elaborados los héroes. Me siento convertido en creador de almas y paisajes, y decido acercarme al estanque en calidad de guía profesional. Apoyados en la baranda, seguimos el lento cabeceo de una góndola verde, en la que rema Casanova, pintoresco empleado de las Termas. Yo sé —por confidencias del botones— que ese mozo debe enamorar este verano a doce clientes, según proyecto de la administración. Otras temporadas hubo dos empleados para esta difícil tarea de atracción sentimental; pero el más astuto huyó a América con la bañista más asidua, dejando doblemente burlada a la gerencia.

Desde entonces, este Casanova de doce pesetas, cincuenta céntimos, fue severamente vigilado. Un esbirro del gerente le empuja a estrechar los asedios, a reiterarlos, a

pasear su bello cinismo por el andén, asaetando con miradas arrebatadas a alguna viajera poco decidida a curar su artrismo en Aguas Vivas. Él, por no perder su condición de prospecto vivo, ensaya cada día una aventura resonante, que será fielmente registrada en el libro Diario. Ahora deja en la orilla a una muchacha que se interna en el parque,

tristemente, volviendo los ojos hacia el remero con quien acaba de recitar la barcarola de turno. Cuando ella desaparece, Casanova, que ya atisbó a Paulita, comienza a ejecutar otro número del programa. Paulita comienza a mirar al agua, y, por fin, al empleado sentimental. Paula me habla, entretanto, de *La vida comienza mañana*. Yo asisto a los preliminares de un ataque, y me asombra la táctica certera del joven Casanova. Entre él y Paulita van y vienen los primeros proyectiles. Nada puedo hacer por impedirlo. También yo sufro mi asedio, sin lograr saltarme el muro.

Es la hora del almuerzo, y regresamos al hotel, seguidos por las miradas ávidas del reclamo. Ahora temo que al llegar al quiosco mi oculta biografía vaya a ser revelada por el indiscreto librero. Intento pasar sin que él lo advierta, pero no lo consigo. Viene hacia nosotros, mostrándome un paquete.

—Aquí están los diez libros.

—Que los lleven al hotel.

—Quiero que usted los vea. Mire. Buena calidad. Borrador, Mercaderías, Diario, Inventarios y Balances, Mayor, Caja...

—Bien, bien.

Paula y Paulita siguen atónitas el catálogo. A los pocos pasos, Paulita dice burlonamente:

—¿Escribe usted novelas por partida doble?

—Yo no escribo esas cosas. Soy profesor mercantil, y éstos son mis instrumentos de trabajo.

La tarde

Como el terreno escasea, las últimas casas de Aguas Vivas se internan, apretujándose, en las Termas, y las Termas prolongan sus hoteles hasta el corazón del pueblecito. Hay un paraje común, la avenida de las caricaturas, que comienza en el quiosco de los libros y termina en la iglesia parroquial. Idolillos a los dos extremos, unos de palo y otros de papel. Y dos corrientes, la del pueblo, que viene a huronear en el balneario, y la del balneario, que destaca algunos enfermos, ya dispuestos a cambiar de enfermedad: el reuma por el turismo. Nunca se producen choques, sino cierta penetración pacífica. Hay bruscos intercambios de dialectos y prendas de vestir. La bañista caprichosa, que viene a hacer vida de aldeana, y la rolliza moza que comienza sus lecciones de señorita de ciudad. Una raspa su idioma, y la otra lo embadurna con barro de aldea. Una estrena su primer chal, y la otra sus primeras alpargatas. Algún madrileño aprende a blasfemar al estilo de Aguas Vivas, y los mozuelos de Aguas Vivas repiten torpemente el último truco de la Puerta del Sol. Una garrida Aldonza es asediada por un grupo de señoritos, mientras dos labriegos se ensayan torpemente en flirtear con Mary, picante tobillera desprendida del rodrigón de la institutriz. Estamos en una zona ambigua, intermedia, capaz de producir divertidas caricaturas. En todo paisaje humano hay un abismo para las tragedias, una meseta para la meditación y una feria para la caricatura. Este balneario se proveyó de las tres cosas. Tiene un lago romántico, una colina filosófica y esta avenida, cordón umbilical que sujeta el balneario —fruto provisional de civilización— al vientre moreno de la aldea, tal como aquellas campesinas visitadas por los antiguos reyes cazadores, que inopinadamente daban a luz un príncipe en vez de un gañán.

Si aquí tuviese alumnos para algún cursillo de aritmética aplicada al paisaje, dividiría mi faena en tres lecciones, una por paisaje. Porque hay tres balnearios, el matinal, el vespertino y el nocturno. Tres panoramas vivos, con su idioma, su lago, sus chopos, sus trenes, sus pinos y sus tedios diferentes. Tres almas distintas de riqueza emocional justamente interpretada por los prospectos de la administración; aunque algún astuto marchante de pintura rebajaría las tarifas del alma triple de este cuadro.

O acaso el alma de la tarde alcanzaría una cotización más alta. El día está ahora maduro. A la mañana estaba aún en agraz, y al anochecer comenzará a pudrirse. Le invadirán lentamente los gusanillos pálidos de los luceros, y se irá desprendiendo, hecho informe masa negra, de la rama del almanaque. Ahora está el día en sazón, en su punto emocional, entre la excesiva inocencia blanca y la dorada sensiblería. El sol le adula, le bruñe, le redondea los contornos, gasta su última vehemencia en hacerse perdonar con mimos la tiránica opresión de la mañana. Esta soberbia del sol que entonces imperaba como frenético dictador, sorbiendo con su enorme esponja blanca los matices del parque, de la colina y del lago; este lienzo abrasado que secaba implacablemente los zumos de la tierra, dejando bajo la bárbara violación una carne extenuada; esta catarata de luz termal que llenó hasta los bordes el hondo aljibe donde se amontona el balneario, es ya humilde caricia que recorre el cuerpo fatigado, sediento, haciendo revivir carmines, rosas, violetas, subrayando con sus besos el pulso azul de la amante. Es la hora en que el sol se cansa de poseer la tierra, y prefiere jugar infantilmente con sus hijos, los colores.

Y se van multiplicando los paisajes, a expensas del venero hidroterápico. Hay tantos como bañistas. Pasa un agustino leyendo su breviario. Para él Aguas Vivas es una piscina, llena de tentaciones, como toda asepsia, donde se cuece la carne pecadora para poder servir más ágilmente al espíritu. Cada bello trozo de planeta es una antesala del cielo; o del

infierno, si es abrupto. Un labriego sólo ve en esta cuenca cierta frívola parcela robada al cultivo, y un deportista cierto posible campo de fútbol a costa de unas docenas de álamos. Un botánico piensa en colgar un cartelito en cada tronco, mientras los amantes sólo miden el espesor, y el albañil la largura de unas futuras vigas. Yo he visto al guarda contar todas las mañanas los geranios que brotan en cada arriate, y pienso que sólo puede hallarse la justa expresión del balneario contemplándolo con la serenidad de un contable que encuentra su exacta equivalencia en cifras. Mejor que exprimir sus jugos líricos, tan arbitrarios, es fijar exactamente el número y el precio de cada flor. No tengo empeño en aplicar a la consideración del paisaje mi criterio profesional, sino de señalar la inconsistencia de las demás valoraciones. El poeta no suele ver el paisaje, porque trae siempre consigo modelos más complicados. El pintor, tampoco, porque teme pintarlo tal cual lo ven todos los demás, lo que le haría fracasar en la primera exposición. Ni siquiera puede verlo el topógrafo que lo palpa y mide palmo a palmo, como no suelen ver a una mujer hermosa los especialistas de las enfermedades de la piel.

Por el plano ferroviario, superpuesto a la avenida de las caricaturas donde callamos juntos Paula y yo, cruza un tren muy risueño que, en vez del negro penacho de las ménades, arrastra un albo ronsel de pañolitos de batista. Es el tren de la tarde, desde donde nos saludan viajeros que nunca nos han visto, bien diferente del tren de la mañana, en que se esquivan, lacios y avergonzados, los mismos novios en fuga; o del de la noche, en que se evitan las confidencias del amigo de la niñez. El lago, que a la mañana latía apenas, meciendo una lancha donde jadeaba un adolescente y se erguía una institutriz, suelta ahora todas sus góndolas y abre la jaula verde de sus locos vientecillos que saltan brizando las ondas y pintando en el agua los árboles del contorno, que borran precipitadamente al ver en su dibujo una trivial fotografía. Es la hora en que el bañista rompe su severo régimen y pide al camarero la copa de coñac, penosamente

aplazada durante el resto del día. Hora en que fracasan las recetas, y el balneario asegura la nueva visita de los clientes, como el sagaz zapatero deja disimuladamente en los zapatos un trozo endeble de piel para asegurar la venta inmediata de otros nuevos. Yo mismo, que durante la mañana apenas logré percibir las deliciosas incitaciones de la sinuosa epidermis de las Termas —que se vende a trozos, en las postales de Aguas Vivas—, ahora percibo los latidos de cuatro provincias diferentes, superpuestas. Siento palpar cuatro mundos paralelos, uno en el subsuelo, mi avenida, y dos sobre mi cabeza, el ferroviario y el celeste. Mi lección titulada *Las Termas al atardecer* tendría, pues, cuatro capítulos.

Capítulo primero. Paisaje subterráneo. Panorama de aventuras forjadas por una subconsciencia telúrica, hechas ya razonable historia por un ingeniero, un químico, un galeno y un contable. Milagrosa geometría de agua que, después de resolver sus menudos problemas interiores, estalla hecha gavillas calientes, desparramándose sobre los hombros y la nuca y los pechos de Paulita, y resbala por los canales rosas de la espalda y del seno, y se reparte por el regazo y los muslos temblorosos bajo el vivo encaje. Milagrosa geometría de agua que para cada prodigio reclama un vale de la administración, como en Lourdes cada maravilla supone cierta jaculatoria.

Capítulo segundo. Paisajes atmosféricos. Meteoros. Nubes alcanzadas por el incansable falo de un picacho adusto, sordo a todos los afanes de pura ordenación de la gerencia. Goliat autónomo —o acaso regido por la ley de Zaratustra— que sirve de voluptuoso enlace entre el plano aéreo donde se fraguan las tormentas y los dos planos inferiores donde cierto desequilibrio de humores junta al azar seres humanos que nunca podría reunir un puro equilibrio de emociones. En este capítulo habría un minucioso recuento de los azules que el día renueva a cada hora para responder a nuevas demandas de reactivos líricos; y otro, de las vagas danzas de nubes que acuden a curar al azul de turno de una posible

monotonía. En su danza de ayer se asestaron epítetos fulminantes, haciendo estallar una ducha no prevista en las tarifas. Para resguardarnos de la lluvia, Paulita y yo nos refugiábamos en el Baño del Rey, mientras Paula, inquieta, nos buscaba en el casino. Aturdidamente brotó de mí otra lluvia tan espesa de *haber*es y *deber*es, de *saldo*s y *balance*s, pasados del *Diario al Mayor*, y del *Mayor a la Retórica* que Paulita me volvió desdeñosamente la cabeza, dejándome asomado a un ajimez, como un héroe de Zorrilla.

Capítulo tercero. Plano ferroviario. Enorme signo de igualdad entre todos los tedios del orbe, que la Agencia Cook no puede hacer más soportable. Vidas que pretenden desplazarse inútilmente. Torbellinos sugerentes que nos invitan a huir de este aljibe medicinal. Ríos espesos que enfilan su cauce hacia los remansos cenicientos de las estaciones. Plano teratológico. Monstruos de granito. Larguiruchos peces que se anegan en la caverna del Ku-Klux-Klan, después de abrirse en el vientre una cadena de heridas por la que se asoma Jonás sumido en la panza irrespirable, impaciente por ser vomitado en un andén. Una tarde cualquiera se tragará a Paulita. La veré sonreír un momento al cruzar sobre la avenida de las caricaturas, y sumergirse en el túnel, definitivamente. Su pañuelo, al ondear en el aire, borrará entre los dos todo signo de enlace, como yo borro el signo X de entre dos monomios. Alguna vaga postal me hará más evidente su total lejanía.

Y, ya en el cuarto capítulo, en este plano donde soy cierta figura silenciosa, al margen de las olas que van y vienen, voy midiendo el desnivel de mi atención ya siempre inclinada hacia el platillo donde rebullen las risas de Paulita. Podría apiñarse todo el orbe en el otro platillo, y siempre vencería en mí este poco de espuma luminosa que es una risa de mujer. Siento vivamente que ya no soy eje del pequeño mundo de mi vida, yo que me ufanaba de ser el centro de Aguas Vivas y de todo el mundo. Soy tangencial a otra esfera vibrante. Giro a ciegas en torno a otro centro del

universo. Paulita me ha arrebatado el trono. Aturdidamente, me fui desviando del corazón del orbe que era mi propio corazón. Mi ritmo es ya prestado. Soy un instrumento más en la gran sinfonía. Ya los cuatro planos, y todos los que pudiera trazar aquí un geómetra loco, cruzan sus diagonales en un punto que no soy yo, sino Paulita. Porque sólo el amor puede hacernos abandonar el eje del mundo, para cederlo a una mujer.

Es ya inútil mi primera versión de los orígenes del balneario. Reconstruyo la precipitada monografía, porque advierto que también el pasado enlazó los eslabones de sus horas para prender al fin de la cadena esta mañana memorable en que vi llegar a Paulita por la avenida de las Estaciones. Las Termas fueron construidas para que una mañana apareciese Paulita en medio de ellas. Y todo lo que veía yuxtapuesto, acumulado según artificios mercantiles, sin otro plan estético que engrosar la Caja, se me armoniza ahora y se me reparte en jerarquías claras, vitales, luminosamente definidas por la distancia que les separa de la boca sensual de una mujer. Todo se fue escalonando dulcemente, vibrando en torno del nuevo eje de perspectiva. El parque y el lago, la colina y el río aguardan el ímpetu de una nueva carcajada de Paulita para cambiar de ritmo. No me importa verla desaparecer entre los árboles, porque en cada hoja sorprende un halo de la luz de su frente azotada al pasar por una rama. No me importa su huida, porque en cada piedra sorprende la huella de sus pies. Además, ha dejado a mi alcance su propia caricatura. Porque Paula es la caricatura de Paulita. Su mismo rostro, deformado por el más irónico dibujante, el Tiempo. Su mismo lenguaje, deformado por el más lamentable retórico, el Otoño.

Sentada junto a mí en una butaca de mimbres, siguió con los ojos la fuga de Paulita y se hundió luego en la diáfana turbulencia de mis pupilas. Me sigue hablando de su almacén de abonos, al que opongo —en este vago terreno didáctico-sentimental en que nos debatimos— una perfumería. Con el

pretexto de adiestrarse en la teneduría, para inspeccionar a su empleado, me persigue a todas horas, planteándome problemas infantiles. Yo los resuelvo sesudamente, añadiéndoles —como el hermético poeta a sus versos— un poco de obscuridad. Así puedo detenerme, retrasar la solución, y con ello evitar los corolarios. Estos problemas económicos suelen tener una desviación sentimental, impertinente para todo buen financiero. A cada hora llegan

remesas de perfumes. Nuestra hipotética tienda —símbolo del auténtico almacén de abonos— tiene corresponsales en todos los países fabulosos del aroma. Nadamos entre cajas de sándalo y de cedro, abarrotadas de frascos de jazmín y de acacia, de incienso y de benjuí. He volcado en el libro Diario todos los perfumes cantados por Orfeo. Proveemos a grandes almacenes. Prodigamos el regalo y el anuncio. Preferí que negociásemos con perfumes para exaltar un poco el doméstico ambiente de Paula, tan nutrido de esencias minerales y de páginas almibaradas de *El caballero del Espíritu Santo*. Pero es difícil colgar festones líricos a una caricatura, sin caer en el pueril melodrama.

Fatigado por este vaivén humano, cierro los ojos y pretendo iniciar un viaje a mis remotos países interiores. Pero este viaje es lo más parecido a un sueño, y Paula, creyéndome dormido, me insinúa:

—Podríamos pasear.

—Bien.

—¿Hacia el pueblo?

—Sí.

A los pocos pasos, sorprendemos a Paulita enlazada a Casanova. Rápidamente abandona el brazo alquilado, y continúa su paseo. Paula nada dice, pero leo en sus ojos la alegría de restarse una rival. Ya no es madre, sino amante. He creado un mundo armonioso para que Paulita le marcasse

el compás, y ella, soberana de un orbe, prefiere someterse a un tiranuelo advenedizo. Se aleja del foco del Universo por ir en busca de un trivial cotizador de aventuras, tan mercenario como cierto robusto pseudoartrítico que, a la cuarta inmersión en la piscina, salió ayer «por su propio pie» y, arrojando aparatosamente las muletas, proclamó ante todos los enfermos verdaderos el triunfo hidroterápico de las Termas, correspondiente a este verano.

Como otras tardes, acudimos a saludar al pequeño granado que asoma sus brazuelos por la tapia de un huertecillo. Es amigo antiguo. Y da gozo verlo abrasarse. Todos los julios se incendia. Todos los veranos se cuaja de estrellitas de fuego, que se convierten en ceniza sin aguardar rescoldo alguno en los lindos caparazones. Este granado es muy vehemente, como el tropel de rapaces que cruza ahora la montaña, detrás de un borriquillo cargado de fruta. Yo escucho las cien lengüecitas de llama que cantan la alegría de consumirse inútilmente. Porque nunca se grana su aliento en los

gordos cristales bermejos, donde el ascua se hace miel. El pequeño granado se agita dentro de su aro de eucaliptos, apagando poco a poco sus estrellas. Los manzanos pintan a lo largo de la tapia una larga teoría de figuras turbulentas, que se entregan a una danza sin música, bajo la batuta del aire. Se transmutan todos los valores pictóricos de las cosas. Esta fina piel del color que recubre Aguas Vivas ha abierto ya sus últimos poros para sorber la ducha final. Sólo las nubes, carne alada, sin epidermis, prenden en sus grandes esponjas, en sus marañas informes de hilos de agua, de fibras al vivo, la postrer ráfaga, huidiza, que se filtra por el tamiz, como la paja rubia por el harnero, hecha fina polvareda, nimbo de oro de la gran naranja viva.

La noche

Viene Paula tan lozana, tan oferente de su placentera madurez, que, al estrecharle la mano, no puedo contener la válvula y brotan de mí tres pares de signos de admiración:

—¡Paulita! ¡Deliciosa! ¡Arrolladora!

—¡Por Dios, profesor!

Contengo el torrente admirativo. No puedo soportar esos signos ni en la vida ni en el arte. Debí detenerme en la primera pareja. Paula, al sentir su nombre acariciado como un juguete, casi llora de emoción. El resto no le importa gran cosa, porque ya pertenece al arte sutil del tocador. Conozco bien en la ternura de sus ojos que ha sorbido el zumo almibarado del diminutivo, y reitero generosamente:

—¡Paulita!

Reflorece. Se alisan las furtivas arrugas de su rostro recién pintado. Se enciende su boca bajo el carmín. A poco más se derretirá el revoco, y asomará por debajo una piel nueva. Siento bajo la mesa el trémulo contacto de sus rodillas. Si sigo aniñando su nombre, va a convertirse en esa dócil muñeca que nos ofrece ingenuamente todos sus resortes. De la cálida matrona va a quedar una pudorosa adolescente que despierta al amor. Si toco ahora sus senos los sentiré endurecerse y apretarse como dos yelmos de príncipe niño que juega a las batallas. Cruza por sus ojos la tímida centella de la paloma asustada que no sabe dónde guarecerse al escuchar el primer proyectil.

—¿Y la niña?

No quiero preguntar: «¿Y Paulita?». Sería robar a Paula su juguete, por regalarlo a quien me lo arroja a un rincón, entre los viejos piropos del Casanova de las Termas.

Si el idioma contase con otros diminutivos elegiría el más menudo para la verdadera Paulita. Pero el sustantivo castellano es viejo arbusto donde ya han florecido demasiados retoños. Soy un Adán que dispone de un lote muy corto de palabras, en este edén hidroterápico donde sólo conté con una Eva.

—La niña tiene un poco de fiebre. Está algo débil. Las duchas la tienen extenuada.

Lo dice como si apartase un estorbo de la conversación. Para arrojarlo fuera, definitivamente, añade, sonriendo:

—Hoy está más animado el comedor.

No dispongo de una clara síntesis del comedor, y prefiero elaborarla con lentitud para no precipitar el diálogo. Salta mi atención de mesa en mesa, posándose unos instantes al borde de los platos, entre cada dos comensales. Reconozco a nuevos bañistas. Todos los gremios, todas las latitudes sociales nos envían algún miembro averiado. Hay en el comedor un viajante, dos frailes agustinos, tres alféreces, un novillero, un párroco, dos monjas, un usurero, un canónigo, un cirujano, un contable, cuatro rameras, un profesor de esgrima y ocho señoras indeterminadas —son datos que me ofrece la gerencia, donde todos los demás viajeros anotaron su profesión diáfananamente, menos el usurero que empleó un eufemismo, y las rameras que prefirieron apelar a una metáfora—. Las serpentinas de las charlas se espesan, se entrelazan, tejiendo sobre los platos una cúpula abigarrada, vibrante. Están aquí todos los dialectos y todos los tonos, acentos y ritmos del idioma, sin que puedan producirse choques entre las regiones de diversa temperatura, porque operan todos en terreno neutral, en un sanatorio donde se acoge a los heridos de todos los frentes. Tampoco surgen

escaramuzas de especie ideológica, porque cada uno desconoce totalmente el idioma profesional del compañero de mesa, o lo acepta con desmesurada complacencia. Sus monólogos paralelos no pueden encontrarse en un punto donde estalle la chispa, porque lo prohíben leyes de geometría y de dialéctica. Sólo el párroco y el canónigo —seguramente tomistas— podrían disputar con los dos agustinos, si aún quedase en el dogma algún punto opinable; pero, después de veinte siglos, nada queda ya por discutir. El usurero departe con el cirujano, y el profesor de esgrima con el canónigo. Cada oficial cuchichea al oído de una cocota, y el viajante, más experto, pide nota de precios a la cuarta. El párroco recibe la confidencia de una señora indefinida, mientras el novillero explica a la más anciana unos pases de muleta premiados con el rabo. Sólo los agustinos permanecen mudos, o siguen quizá un ruidoso monólogo interior para aturdirse y no oír a la cuarta venus que pone en grave aprieto la serenidad del comedor. Su jerga profesional va siendo inteligible para todos los bañistas, y el oído menos indiscreto ha podido recoger una vibración del dominio privado y de sentido internacional. Paula me mira, interrogante. Espera dócilmente a enojarse, si yo me enojo; o a sonreír, si yo sonrío. Casi a un tiempo brotan las dos sonrisas. Es un pacto de indulgencia.

Después de cenar, emprendemos el paseo de otras noches. Hoy no nos sigue Paulita con aquel aire de fastidio que desaparecía al asomar el empleado Casanova. Acaso la fiebre de Paulita haya sido producida por un cambio de número en el programa del organizador de aventuras. Habrá ya otra heroína de novela. Su contrato con la empresa le exige elaborar un gran stock de añoranzas, que, durante el invierno, harán evocar líricamente el balneario. Diez o doce corazones nuevos propagarán la dulzura del clima sentimental de Aguas Vivas, porque allí aprendieron a amar y a padecer tiernamente. Casanova siembra así una cosecha espléndida de recuerdos, rivalizando con el proveedor de tarjetas postales. La nostalgia empujará a nuevos ataques de

artritismo, o, al menos, de vaga parálisis del espíritu, que sólo puede curar el régimen de las Termas. La empresa conoce el corazón humano. La aventura es un denso trozo vital, incrustado en un vacío de la larga y monótona cinta de los días. Injerto de vida intensa, de imposible repetición, pero de interminables vibraciones. Provoca una muy alta temperatura del espíritu que luego se resiste a descender un grado. Y entre los proyectos de la empresa figura el de elevar todas las temperaturas emocionales de sus clientes, aun las más exóticas. Por eso atiende con esmero al negro del *jazz-band* y a las palmeras del islote, a las góndolas del lago y al quiosco de novelas, al tango porteño y al empleado Casanova. La empresa conoce bien el alma femenina, aunque no ha leído a Simmel.

Salimos al parque, entre grupos de bañistas. El paisaje ha desaparecido, y sólo quedan ciertas vagas sombras de árboles y de nubes de sentido teatral melodramático. La tarde se llevó todos los colores, y apenas algunos árboles destacan unas tulipas verduzcas para las bombillas. Cruzamos la avenida de las caricaturas, hervidero de glosas triviales y de idilios reglamentados. Yo prefiero contemplar el hervidero desde el montecillo de Zaratustra, como otras noches. Allí, en plena soledad, rodeado de ruidos ya filtrados, suelo recordar algún teorema algorítmico, más exacto que las grandes afirmaciones puestas en música más allá del bien y del mal. No temo profanar el lugar abriendo en él mi abanico de fórmulas mercantiles, mientras se desvanecen la dos horas del cinema que me separan de la media noche. Paula y Paulita prefieren el film al concierto armonioso de los mundos —así lo llama el clásico, dejando entrever la idea de conciertos desconcertados—. Yo desdeño el film y el concierto mundial, y preparo alegremente mi próxima lección. Es muy lento el aprendizaje de Paula. Cada día recibimos —bajo nuestra joven diosa Primavera— partidas nuevas de perfumes, sin que Paula —«Viuda de Moisés Rodríguez. Almacén de Abonos»— sepa darles salida. Hay letras protestadas, clientes sin servir, enormes discrepancias entre

el Diario y el Mayor. Cuando mi alumna pretenda inspeccionar a su empleado, apenas sabrá hallar diferencia entre un saldo deudor y otro acreedor.

Pero esta noche se nos prepara otra minuta de emociones. Paula suprime el film y prefiere asistir conmigo a una sesión de fuegos artificiales, que tendrá lugar a orillas del estanque. Yo apunto la idea de asistir desde la cumbre al espectáculo. No quiero alterar mi programa, aunque presumo que ha de sufrir interpolaciones sentimentales.

Desde la cima se percibe claramente el tercer paisaje. Comienza a vivir el artificio, mientras dormita la naturaleza. El casino, el cinema, el quiosco, todo lo que durante el día era apenas un blanco entrepaño en las ocre y verdes arquitecturas de Aguas Vivas logra ya el énfasis de un vanidoso primer término. Los pálidos frutitos eléctricos, antes ocultos en las ramas, han estallado a un tiempo, trazando en la negra pizarra del parque encendidos paralelogramos. Un nimbo de mosquitos sueña en vano con chupar a cada fruto no sé qué etéreos almíbares. La civilización es verdugo de muchos inquilinos del aire. Mientras el racionalismo filosófico va suprimiendo a los búhos el aceite de las lámparas rituales, la física aplicada prohíbe a las mariposas suicidarse en la tenue llamita de los candiles. Cada cerro se emboza en su negra hopalanda, donde han prendido un festón de luminosos cascabeles. Algunas lucecitas puntean la espiral que hemos seguido para subir al mirador. Sobre la cima, la enorme plana celeste luce su milenaria ortografía, donde la luna es sólo una coma.

Dentro de mí todo recobra su equilibrio. Cada mohín despectivo de Paulita ha sido un empujón que fue acercándome de nuevo al eje del mundo. Me había desviado para cederle el puesto; pero ya está corregida la penosa desviación. Vuelvo a tener el cetro del paisaje y del orbe, usurpado unos días por el maravilloso amor, que si «mueve el sol y las demás estrellas», mejor puede mover un alma de profesor mercantil. Conozco mi reconquista en las arbitrarias

elipsis que todas las cosas van describiendo en torno mío, ellas que, durante mi obscura servidumbre, cambiaron de foco por adular a Paulita. Yo las vi trazar en derredor de ella órbitas nuevas, pidiendo la merced de un ritmo. Habían aprendido una lección de serenidad y armonía, pero ya giran otra vez al compás de mi infantil batuta. Adoptan sus antiguos escorzos, mostrándome la lengua, al pasar, como chiquillos traviesos. He perdido el sentido arquitectural del Universo, al perder la clave del gran arco; y, rota ya la cúpula, sólo me resta jugar al ajedrez con las dovelas. Las cosas recobran para mí su condición de muñecos cotizables, que puedo ir escalonando a capricho en las montañas de corcho de este belén de Aguas Vivas y en todos los belenes de la tierra. Se me apagó el armonioso lucerito encendido en lo alto de la frágil armazón, y sólo queda entre mis dedos un irónico facsímil. Y una dulce golosina entre mis labios:

—¡Paulita!

Vibra mi voz tan emocionada que Paula se estremece. Acaso duda haber ella producido esta inquietud que ahora le prende en las manos el ímpetu gozoso del deseo.

A mi voz contesta, allá abajo, un loco chisporroteo de cohetes. Súbitamente, cruza sobre nosotros una oruga encendida que persigue a un mástil invisible para enroscarse en él. Sobre el parque se desgajan dos granadas maduras, sembrando de pupilas rojas la terraza del Casino. Cada junco lleva oculta la llave de una jaula de pájaros de oro y luciérnagas moradas. En otro, bulle un haz de espigas amarillas, y otro crea en la alta sombra un maravilloso océano invertido, con sus marañas de coral, sus escamas de plata y ojos verdes de sirenas. Hay cohetes ebrios que se entregan a una danza epiléptica; cohetes turbulentos que prorrumpen en furibundos cacareos; cohetes anárquicos que esconden la bomba entre un puñado de confeti. Pasado el estruendo, sube sereno, mudo, un cohete heliógrafo que otea en la negrura estremecida el vuelo de un avión de soñadores. Por seguirlo con los ojos, me olvido del contacto febril de las

manos de Paulita, que susurra impaciente:

—¿Le gusta?

—Mucho. Vuelvo a ser niño. Un niño atado a la tierra, que quiere seguir a otro más ágil camarada. El cohete es un niño funámbulo que se precipita a corregir la plana del cielo.

Lo digo riendo, mientras oprimo ardientemente las manos de Paulita. El relente engarza en mis nervios una vibración muy semejante al ritmo impetuoso del amor. Paula se refugia en mis brazos, y pronto son uno, dos estremecimientos. Se sienta en mis rodillas, y ya no veo en su rostro —vaga sombra cenicienta— la línea cruel de la caricatura. He vuelto a ser niño, entre mis juguetes luminosos, y a tender mis brazos a los niños, que no comprenden la ironía, fruto de lamentable madurez.

Ahora sube un cohete que escondió en su cucurucho los planos de una maravillosa catedral. Como todos los niños aturdidos, realiza a medias su proyecto. Y comienza a edificar al revés. Enciende en lo mas alto de la bóveda ilusoria un florón de oro y derrama hacia abajo el haz de palmas ojivales que, al no hallar su capitel, se desploman, desgajadas, en el lago.

Ya no veo apagarse el rosetón ni hundirse la última palma en el agua negra. Los brazos de mi amiga se anudan a mi cuello, y su boca apaga en mis ojos la imagen del último cohete. Paula es ya sólo un complemento de mi carne. Mientras se deja penetrar dulcemente, puede tomar el gozoso latido cósmico por el alba de un verdadero amor.

Benjamín Jarnés



Benjamín Jarnés Millán (Codo, 7 de octubre de 1888-Madrid, 11 de agosto de 1949) fue novelista, narrador de cuentos y relatos breves, ensayista, biógrafo, crítico literario y traductor español perteneciente por edad a la generación del novecentismo, si bien su producción literaria se enmarca dentro de la prosa de vanguardia, por lo que corresponde, por afinidad estética, a la generación del 27.

Su primera novela importante, saludada y comentada por importantes escritores, data de 1926, "El profesor inútil" (1926), donde se aprecia el intelectualismo y la tendencia ensayística típica entre los integrantes del Novecentismo. Dicha obra inaugura la colección "Nova Novarum" de la Revista de Occidente. Plantea el par arte-vida, con primacía de la segunda, mediante la introducción de diferentes muchachas, Ruth, Carlota, Rebeca, Herminia, sobre la que pivotan los episodios sueltos que constituyen el libro. Se incrementó en 1934 con nuevas heroínas y muchos otros retoques. Recién publicada su siguiente novela, "El convidado de papel" (1928), recibió una carta de apoyo de Azorín.

Defensor de la Segunda República, en el final de la Guerra Civil se exilió a Francia y posteriormente a México (mayo de 1939) en el buque Sinaia, a bordo del cual escribe un diario materializado en el cuaderno Alta mar. Sólo regresó a España, muy enfermo ya, en 1948. Falleció a los 60 años, el 11 de agosto de 1949 en Madrid.